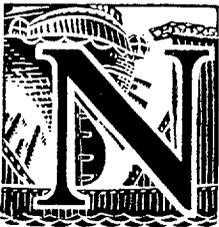




HISTORIAS DE LA MAR

DON FRANCISCO JOSÉ DE OVANDO Y SOLÍS: MARINO, INVENTOR, GOBERNADOR DE CHILE Y FILIPINAS

Introducción



O tan conocida como debiera es, sin duda, la figura de don Francisco José de Ovando y Solís, uno de los marinos, que los hubo y en buen número, más ilustres del siglo XVIII. Nacido y bautizado en Cáceres el día 3 de octubre de 1693, fueron sus padres don Pedro Mateo Ovando y Rol, caballero de la Orden de Alcántara y regidor perpetuo de dicha ciudad, y doña Lucrecia de Solís y Aldana, siendo el cuarto hijo de este matrimonio. Cuando contaba diecisiete años de edad (año 1710), ingresó como cadete en una compañía, organizada por su familia, en los ejércitos de Extremadura, tomando parte durante la guerra de Sucesión (1702-1714) en los sitios de Campomayor, Barcelona y Manresa, así como en otras acciones de guerra en Cataluña. Firmada la Paz de Utrecht (13-7-1713), siguió Ovando la carrera de las armas en el regimiento de la Corona; ingresó el 11 de octubre de 1717 en la Real Compañía de Guardias Marinas, de reciente creación, en Cádiz, embarcando al año siguiente en el navío *San Luis*, a bordo del cual tomó parte en varias acciones navales. En 24 de febrero de 1720 pasó como capitán de Infan-

tería al citado regimiento, hallándose con éste de guarnición en varias ciudades de Galicia, Andalucía, Ceuta, Castilla y Navarra.

De nuevo, en 1728, se incorporó a la Real Armada con el grado de teniente de navío, dándosele el mando de la fragata *Génova*, de la escuadra de don Esteban Mari, marqués de Mari, permaneciendo en ella hasta el año 1730, en que pasó a la Isla de León (hoy San Fernando), en cuyo arsenal de La Carraca hizo estudios referentes a la construcción naval. Fue entonces cuando inventó una bomba de metal para achicar el agua de los navíos; fundida ésta en la maestranza de Sevilla, se ensayó en el citado arsenal. Sin embargo, las dificultades con que tropezó y su embarco le obligaron a suspender estas pruebas, aunque, por el año 1733 y desde Alicante, escribiera el secretario del despacho de Marina, don José Patiño, manifestándole que habiéndose demostrado la eficacia de su bomba metálica sobre las que ya había, que eran de madera y necesitaban para su manejo mayor número de operarios y más trabajo, la maestranza no le atendía, alegando lo costoso de la fundición; todo esto hizo que fracasase en la construcción de su invento.

Por el año 1731, se hallaba en Santander como teniente de fragata, embarcando en la fragata *Guipúzcoa*, de la escuadra del almirante don Francisco Cornejo, con la que tomó parte en el desembarco de un cuerpo de tropas españolas en Liorna (Italia), con objeto de garantizar la sucesión del infante don Carlos (el que después será Carlos III de España) en los ducados de Parma, Plasencia y Toscana.

El año 1733, estuvo embarcado en el navío *Príncipe*, de la escuadra del mando del almirante don Antonio Serrano, que salió de Alicante destinada a la ocupación de varias plazas africanas. Y, cuenta Ovando en su «Diario», arribaron a Malta, donde fueron objeto de grandes agasajos y fiestas en el palacio del duque de Amalfi. Tras el fallecimiento de Serrano y el funeral que se le hizo, así como el combate contra una galera turca, abordada el dicho año de 1733, ascendió a capitán de fragata, tomando el mando de la *Galga Andaluza*, de la escuadra mandada por don Miguel Sada y Antillón, conde de Clavijo, que se incorporó más tarde a la de don Gabriel de Alderete, tomando parte en varias acciones navales: ocupación de Nápoles, unidos a tropas del ejército; Ovando, mandando una lancha, tomó el bote del navío imperial *Nuevo*, apoderándose también de Brindisi, plaza que fue sitiada pese a la defensa que de ella hicieron el conde Dacucha y el de Dualles (año 1734); este mismo año, el rey Carlos III le otorgó, por los méritos contraídos, el título de marqués de Castell-Brindisi, al que renunció, cambiándolo por el de su apellido, Ovando. El duque de Montemar, general en jefe del ejército expedicionario español, le ascendió a teniente coronel de Infantería. Habiendo recibido órdenes de regresar a Nápoles se hizo a la vela con la *Galga Andaluza* de su mando; en dicha ciudad fue felicitado por el duque de Santisteban, siendo recibido en audiencia por el infante, quien le pidió contara sus hechos en la toma de Brindisi.

Para acabar con la conquista de Sicilia, salió rumbo a Palermo, escoltando un convoy, pese a que la dicha fragata había tenido ciento cincuenta bajas y se

había quedado sin oficialidad. Efectuado el desembarco, regresó de nuevo a Palermo, donde, en una comida de gala en palacio, don Carlos, ya rey de Nápoles y Sicilia, le otorgó el citado título de marqués de Ovando, el 18 de octubre, «libre de pago de derechos» y bajo la advocación de su patrona, Nuestra Señora del Buen Fin, que se veneraba en el convento de Santa Clara de Cáceres.

El día 28 de septiembre salió para Cartagena, en conserva con los navíos *Príncipe*, *Conquistador* y *San Isidro*; hallándose a la altura del cabo de Gata encontraron dos navíos argelinos, que, tras fuerte combate con la *Galga Andaluza* y el *Conquistador*, fueron hundidos, arribando después, sin novedad, a Cartagena. De aquí, continuando la navegación, pasó a Cádiz, donde después de un grave incidente con don Gabriel de Alderete al final salió justificado. La causa de este incidente con el citado almirante fue que al arribar a Cádiz, como quiera que aún no había llegado éste, se presentó a don Blas de Lezo, capitán general del departamento a la sazón, dándole cuenta de los varios combates que había sostenido con barcos turcos y sus resultas victoriosas, recibiendo por ello grandes elogios de Lezo. Al llegar Alderete y enterado de todo, vio con gran enojo la actuación de su subordinado, por lo que dio cuenta de todo al secretario del despacho de Marina, «tachándole de desobediente y de mal marino»; entonces, solicitó de él que especificara en qué se basaba para hacer acusaciones tan graves contra él; al mismo tiempo, escribió a Patiño dándole cuenta de todo, manifestándole éste «que no se preocupara» y, en efecto, para ello se le dio el mando del navío de setenta cañones *León*.

En América. La Armada de Barlovento

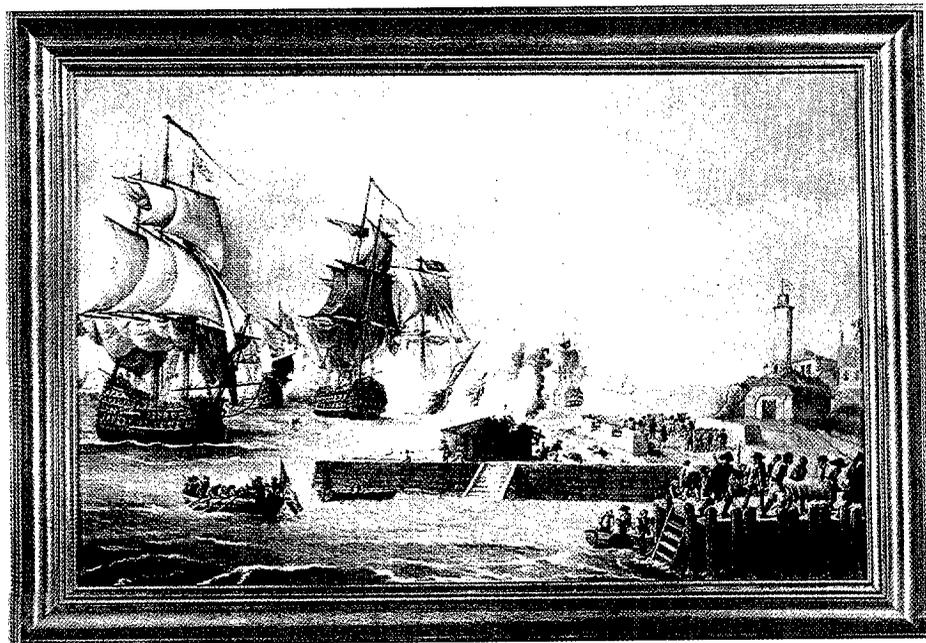
El año 1736 salió Ovando con el navío de su mando para incorporarse a la Armada de Barlovento; ya en alta mar, con arreglo a las instrucciones recibidas, abrió los pliegos que le indicaban su nuevo destino, La Habana. El viaje lo relata Ovando en su «Diario», dando gran número de detalles sobre la navegación, durante la cual hizo una serie de observaciones científicas. Ya en La Habana, pasó de aquí a Veracruz, incorporándose a la escuadra del mando del teniente general don Manuel López Pintado, marqués de Torre-Blanca, capitaneando la fragata *San Cayetano*.

Con arreglo a órdenes del virrey de Nueva España, del arzobispo don Juan Antonio Vizarrón y del gobernador de La Habana, don Francisco de Güeme y Horcasitas, practicó varios reconocimientos y levantamiento de planos de la costa de Florida, redactando una memoria sobre los trabajos realizados, y también trazando un derrotero; y el año 1748, escribía Ovando al marqués de la Ensenada, manifestándole que: «La mayor necesidad consiste en reconocer y poblar la costa desde Tampico á la Masacra, ó Río Missisipi, hasta sugetar por ella la extensión de los franceses; descubrir y fortificar, si se encuentra

puerto más ventajoso y permanente, que considero á Veracruz, este descubrimiento pedí yo el año de 37 al señor Arzobispo Virrey, después de muchas reflexiones hechas con el ingeniero don Félix Prospero en dicha Veracruz». La dirigía a Ensenada, como ministro secretario de Marina e Indias (30-7-1748).

De nuevo hubo un enfrentamiento con Gran Bretaña el año 1739, la llamada *Guerra del Asiento*; se refería a la Compañía de Asiento británica, a cuyos barcos las autoridades españolas mandaban registrar a fin de evitar el contrabando.

Por el año 1740, ya en plena guerra con Gran Bretaña, pasó el por entonces comodoro Anson (lord George of Soberton) con su escuadra a las costas del Pacífico, atacando barcos y ciudades; pero los temporales y enfermedades diezmaron sus dotaciones, haciendo fracasar la expedición, por lo que se vio obligado a regresar a Inglaterra en junio de 1744. Por esta época también, el almirante Vernon, al mando de una escuadra de seis navíos, atacó y se apoderó de Portobello (20-11-1739), volando sus fortificaciones y saqueándola. En cuanto a la actuación de don Francisco José de Ovando, ya desde 1740 era capitán de navío y tenía el mando del navío *Dragón*, de setenta cañones. El día 21 de febrero de 1741, recibió la orden de Lezo de perseguir a un bergantín británico que, haciendo el corso, asolaba las costas intentando hacer algunos desembarcos, misión que cumplió con gran éxito.



Las fuerzas navales al mando de don Blas de Lezo rechazan el ataque de Vernon a Cartagena de Indias (1741). (Óleo de L. F. Gordillo. Museo Naval).

El día 15 de marzo de 1741 se presentó ante Cartagena de Indias una escuadra del mando del almirante Edward Vernon, a la que se unió otra, la del vicealmirante sir Chaloner Ogle, como refuerzo de aquélla y con tropas de desembarco. Defendía la plaza el virrey de Nueva Granada, don Sebastián de Eslava, y asumió la dirección de la defensa don Blas de Lezo, que mandaba una escuadra de seis navíos y unos 4.000 hombres de la guarnición. No es aquí del caso referirnos a esta defensa y a la heroica resistencia de los defensores con el consiguiente fracaso de los atacantes; mencionaremos sólo la actuación del ya marqués de Ovando, capitán de navío, comandante del *Dragón* que, unido al *Conquistador*, recibieron la orden de «cerrar el canalizo que forman las dos puntas de la Bahía», cuya defensa era el castillo grande de Santa Cruz y la batería de Manzanillo con objeto de evitar la entrada de los enemigos. Comenzado el ataque, principalmente contra el citado castillo, se consideró inútil la defensa marítima, disponiéndose entonces a organizar la ofensiva desde la plaza; a tal fin y para cerrar definitivamente la bahía, evitando el paso de la escuadra británica, ordenó Eslava que fueran echados a pique el *Dragón* y el *Conquistador*; sin embargo, esta medida no tuvo éxito, ya que, hundido del todo aquél, quedaba aún espacio suficiente para que los atacantes «pudieran retirar el otro buque e introducir en la Bahía, desde el 8 de abril, bombardas y fragatas para atacar la fortaleza»; consecuencia del hundimiento de su barco fue que Ovando perdiera toda su documentación y demás papeles.

Desembarcado a la fuerza, como quiera que tenía la graduación de teniente coronel del Ejército, se le destinó para mandar «una de las guarniciones». El día 15 de abril, efectuaron el desembarco los británicos, fracasando en el empeño.

Después de seis años de estancia en aguas y tierras americanas, regresó Ovando a la Península a fin de informar al Rey sobre varias peticiones, así como del estado de la Marina y con objeto de hacer un *Reglamento de sueldos y gratificaciones*. Salió de La Habana el 19 de abril de 1742, arribando a Lisboa, y de aquí a Madrid, donde, recibido por el Rey, fue felicitado por éste por su actuación, ordenándole que se uniese a su acompañamiento; fue entonces cuando escribió un diario del sitio y defensa de Cartagena de Indias, que, impreso, tuvo un gran éxito de crítica y muchas felicitaciones, entre éstas la del duque de Santisteban y del ayuntamiento de Cáceres, «por su gloria Militar» (Miguel Ángel Ortí Belmonte, «Los Ovando y Solís de Cáceres», Badajoz, 1932).

En octubre de 1743 ascendió a jefe de escuadra, mandando la del Mar del Sur, dándole al mismo tiempo el marqués de la Ensenada la misión de «examinar las plazas, arsenales y puertos del Virreinato peruano».

Salió Ovando, «sin comunicarse con nadie», según se le había ordenado, desde el Real Sitio de San Ildefonso a Pasajes, acompañado de «ayudantes y criados», embarcando en el navío de la Compañía Guipuzcoana, con destino a Caracas. Iba a relevar en el mando de la escuadra a don José Alonso Pizarro,

marqués de Villafarfor y, con la misión además de «examinar las defensas del Virreinato, levantar plenos, informar del estado de la flota y la marina, adecuar las ordenanzas a las de España, fomentar la construcción y carenado de las embarcaciones, así como la siembra del cáñamo y la fabricación de breas, materias primas en la construcción naval». También, con arreglo a las instrucciones recibidas al tomar el mando, «debía evitar la presencia de los contrabandistas en las costas de Perú y Chile, haciendo el corso, y proteger el comercio y los transportes»; se le concedió también la facultad de «proponer al Virrey los candidatos a cubrir las plazas de oficiales que vacasen y elegir en Lima cuatro oficiales, dos de tierra y dos de marina, para que le sirvieran como ayudantes», y, por último, «se le ordenaba acomodar su actuación a las órdenes del Virrey y a las leyes de Indias».

Con estas instrucciones y con la promesa que le había hecho el marqués de la Ensenada «de cumplimentar á su llegada á Lima la paga de los sueldos que se le debían», después de una tranquila navegación arribó a Caracas; de aquí, presentando sus despachos y provisto del equipaje necesario, salió hacia Cartagena de Indias, donde fue recibido por el virrey don Sebastián de Eslava; después, procurando burlar la vigilancia de dos fragatas corsarias, consiguió llegar a Portobello.

En una carta dirigida a su hermano y fechada en dicha ciudad, el 28 de enero de 1744, le manifestaba el motivo de que su viaje lo hubiera hecho «en secreto», así como las atribuciones que se le habían otorgado y la misión que se le encomendaba de «defender las costas del Mar del Sur»; asimismo, reconocía y agradecía «la indudable intervención» de don José de Carvajal y Lancáster, paisano suyo, secretario de Estado del despacho de Marina que había sido durante el reinado de Fernando VI, y miembro del Consejo de Indias, en lo referente a su último ascenso.

Pasando por Guayaquil, consiguió llegar a Lima, y desde El Callao, en diciembre, con una escuadra escasa hizo el corso y persiguió a Anson; componían ésta «un navío de setenta cañones, una fragata de cuarenta, un pequebot de veinticinco y cinco medias galeras».

En los comienzos del año 1745, una muy grave epidemia de viruela diezmó la dotación; para contrarrestar sus efectos hizo rumbo a la isla de Juan Fernández, pero allí «el clima, las enfermedades, los vientos y el temor de un ataque corsario» le obligaron dirigirse a la isla Quiriquina, «frente a la ciudad de Concepción». Digamos que Ovando, ante estas calamidades, siempre se encontró «solicito con sus subalternos, dando ejemplo de abnegación».

Por el mes de abril del citado año de 1745 cesó la epidemia, por lo cual ya pudo continuar la campaña, ayudado por los socorros que le mandó el gobernador de Chile, «revisando puertos, fortalezas y guarniciones».

Después de seis meses de navegación, el día 5 de junio arribó a Valparaíso, dándole cuenta al virrey, marqués de Villagarcía, de que había terminado con su misión y regresaba a El Callao.

Relevado el virrey por don José Manso de Velasco, que hasta entonces había sido gobernador y capitán general de Chile, quedaba vacante dicha capitánía, por lo que el nuevo virrey lo nombró interinamente gobernador de Chile, ordenándole regresara a Lima.

Gobernador interino de Chile

Tomó posesión de este cargo el 9 de julio de 1745, cesando en él el 25 de marzo del año siguiente, en que fue relevado por don Domingo Ortiz de Rozas.

El motivo del nombramiento de Ovando para este cargo fue la confianza que en él se tenía para obtener éxito en la empresa que se le confiaba; se trataba de que, dada la gran extensión de las costas chilenas hasta Magallanes, en el sur, se hacía necesario proteger y defender el paso del Pacífico, cuya única derrota posible era hasta entonces la del cabo de Hornos, asegurando la navegación a las flotas que pasaban desde las costas de Chile y Nueva Granada hasta otros puertos del Atlántico.

Otro motivo del citado nombramiento fue que al frente de la capitánía estuviera una persona experta «en el arte de la guerra para mantener continua la defensa», no sólo contra los araucanos, en el interior, sino también contra los piratas y corsarios, que abundaban a la sazón por aquellas costas, y por esta razón fue designado Ovando para el cargo, por considerar que reunía «las cualidades precisas para ellos».

Se caracterizó el gobierno de Ovando por una gran actividad en todos los órdenes; entre otras cosas, por los años 1744 y 1747 «se fundaron dos villas: Copiapó —San Francisco de la Selva— y Sotaquí», y en 1747 se trasladó de emplazamiento la villa de Curicó —San José de Buenavista—, se adelantaron las obras de la cárcel, construyéndose también «una hermosa avenida de sauces en la ribera sur del río», paseo que durante muchos años fue el preferido por todos los vecinos.

Al cesar en el cargo de gobernador y capitán general, tanto el obispo como el fiscal real y el procurador alabaron su gestión, manifestando, mediante certificado, «no haberse presentado ningún agraviado por su gobierno», durante el cual, sin embargo, parece ser que no habían sido muy cordiales las relaciones de Ovando con el virrey, del que se quejaba «por no haberle agradecido que preparara por su cuenta la fragata *Esperanza*», que lo había llevado al Perú, así como de «no haber encontrado en palacio secretario, ni asesor ni inventario alguno». También, desde su llegada a Santiago, se indispuso con varias autoridades de la ciudad por no haberle ofrecido «los regalos de costumbre en la toma de posesión y por haberse dirigido la comitiva oficial al palacio del Gobernador y no a la catedral, por ser nombramiento interino».

En marzo de 1746, embarcó en la fragata *San Fermín*, de 24 cañones y 125 hombres de dotación, con la que continuó haciendo el corso «desde los 25

á los 33 grados de latitud Sur», levantando planos y cartas de la costa, regresando a El Callao, donde desembarcó.

De nuevo comenzaron las discordias con el virrey, quien le ordenó «desarmar y desaparecer a la fragata *Esperanza*», con lo que Ovando no se mostró conforme, protestando y considerándolo «como una intromisión en asunto de su jurisdicción» y, además, no consideraba necesario carenarla, estimando más conveniente rehacerla; empeñado en realizarlo, envió a las orillas del río Bío-Bío, en el interior, maderas, así como cañamos, duelas y todo el material preciso para la reconstrucción de la fragata.

Otro motivo que tuvo Ovando de disconformidad fueron las dificultades que en todo momento ponían las autoridades de El Callao y de otros puertos, «discutiéndole su autoridad de inspector», así como el estado de decadencia «de la que fue armada de su antecesor», tanto de los buques como de los almacenes y también el gran aumento de oficios y empleos, que consideraba inútiles.

Consecuencia de estas desavenencias fue la ruptura con el virrey, quien, «prescindiendo de él, propuso a Madrid los candidatos a empleos de la Marina», cosa que Ovando consideró vejatoria para él, ya que, como jefe de la escuadra y con arreglo a las instrucciones que se le habían dado, dichos nombramientos le correspondía darlos a él; pensó continuar con la reorganización de la flota, pero el virrey, Manso de Zúñiga, le obligó a fijar su residencia en Lima.

Fue por entonces cuando, en la noche del día 28 de octubre de 1746, hubo un gran terremoto que destruyó la ciudad (Lima) y El Callao, produciéndose después una inundación, que entrando por la boca de la bahía hundió a todas las embarcaciones que se hallaban en el puerto, pasando el agua por encima de las murallas y destruyendo completamente la iglesia y cuantos edificios tenía la ciudad, así como el puerto, perdiéndose los navíos *Socorro*, *San Fermín* y *San Andrés*. Ante esta desgracia, el virrey tomó urgentes y eficaces medidas para arreglarlo todo en lo posible, valiéndole ésta para que le fuera concedido el título de conde de Superunda.

Ovando también se preocupó desde un principio de tomar las medidas necesarias para la construcción de casamatas de madera, así como de la reorganización de todo lo concerniente a la Marina.

En 20 de diciembre del citado año se reunió una junta con objeto de comenzar las obras de fortificación de El Callao, que, dada su importancia estratégica y el peligro que representaba un posible ataque por parte de los británicos, se consideraban de una gran urgencia. Entre las autoridades que componían dicha junta se hallaban el marqués de Ovando; don Luis Godín, catedrático a la sazón de Matemáticas en la Universidad de Lima y miembro de la Academia de París; don José Amich y don Juan Francisco Rosas, «expertos en Ingeniería y Matemáticas».

En una de las sesiones de la junta, Ovando presentó un proyecto, acompañado de varios mapas, que el resto de los componentes de ésta desestimó, por lo que el virrey les ordenó presentaran ellos otro plan.

La opinión de éstos era que, de aceptar el plan de Ovando, «la construcción de la fortaleza no batiría totalmente con sus fuegos la Bahía», no siendo, por tanto, capaz de «detener y soportar un desembarco», ya que atendía mejor «á la defensa naval que á la terrestre», puesto que éste consideraba «que dadas las condiciones del terreno no era ni practicable ni temible el ataque por tierra»; fue la opinión de don Luis Godín la que prosperó, comenzando las obras con el proyecto por él presentado. Fue por entonces (28-7-1746) cuando cesó el virrey, Manso de Zúñiga, y Ovando nombrado gobernador y capitán general de las islas Filipinas.

Gobernador y capitán general de Filipinas

Parece ser que esta designación «la debía a su paisano Carvajal», así como «á sus servicios en la Real Armada por espacio de veintinueve años»; así se lo participaba Ovando a un hermano suyo en carta fechada en México; en ésta también le manifestaba que le enviaba «10.000 pesos para comprar fincas rústicas y para la construcción de una casa en el recinto amurallado de su villa natal».

Salió de El Callao a fin de embarcar en Acapulco en el «galeón de Manila» o «nao de Acapulco», pero debido a ciertos retrasos en el viaje no pudo hacerlo, por lo que pasó a México, donde llegó el 23 de julio de 1747, marchando de aquí a San Agustín de las Cuevas, desde donde (1-4-1748) escribió al marqués de la Ensenada, manifestándole que había entablado amistad con unos misioneros «conocedores de Filipinas», con objeto de estudiar y conocer «los problemas de su futura Gobernación consultando también libros y papeles concernientes a aquellos territorios»; pidió al gobernador de La Habana le enviase «un contra maestre de construcción, planos y medidas para remediar la mala construcción de los galeones», así como al comisario de brigadas don José Blanco Tizón, para que le mandase «un condestable para preparar una brigada de artillería capaz de pertrechar un navío de guerra», necesario de todo punto, ya que en Filipinas no había «oficiales de Marina ni de Tierra».

El 28 de abril de 1749, contrajo matrimonio por poderes con doña María Bárbara de Ovando y Ribadeneyra, sobrina suya, que se hallaba en Puebla de los Ángeles; contaba a la sazón cincuenta y cinco años, y ella treinta y ocho menos.

Embarcado en el galeón *Rosario*, salió Ovando, desde Acapulco, arribando a Manila el 20 de julio de 1750, tomando posesión del gobierno de las islas. Compuesto el archipiélago de gran número de islas mal comunicadas entre sí, difícil se hacía su gobernación; sin embargo, Ovando supo y pudo, con sus eficaces reformas en todos los aspectos, mejorar mucho su situación, realizando una labor importante, favoreciendo el desarrollo económico y comercial e introduciendo importantes mejoras, tanto en materia referente a la Real Hacienda, que se hallaba en un estado calamitoso, como en la agricultura, industria y minería, reorganizando y mejorando el tráfico con la Nueva España, a cargo entonces de la «nao de Acapulco» o «galeón de Manila»; perfeccio-



Mapa de las islas Filipinas. (P. Murillo Velarde, S. J., 1744. Museo Naval, Madrid).

nó las defensas de las islas, reorganizando el Ejército y fue por entonces cuando inventó un pequeño cañón que, servido por un solo hombre, disparaba diez tiros por minuto; fue también un gran impulsor de la Marina filipina, fundando, además, un aula para colegiales distinguidos en sus estudios, solicitando del colegio de San Telmo de Sevilla doce colegiales; todos estos jóvenes embarcarían, repartidos en cada galeón, recibiendo allí las enseñanzas de un maestro de Matemáticas, Pilotaje y Maniobra. Otra de las medidas que tomó fue la referente a la construcción de los galeones, mejorando el astillero y puerto de Cavite, y viendo que en los astilleros había «una total negligencia y una falta de práctica en el arte de la moderna construcción naval» pensó remediarlo con la mayor prontitud; para ello ordenó que se procediese a la construcción de un navío de sesenta cañones, «armado en guerra», para estar presto para proteger las costas, a

cuyo fin solicitó autorización real; pese a su interés, los grandes gastos que esta construcción suponía para la Real Hacienda le obligaron a renunciar a su realización. Sin embargo, no por ello desistió de su idea, creando una compañía por acciones que se encargase de ella, que se efectuaría en la costa de Siam, por ser más barata allí la mano de obra y la madera; dicho barco se llamaría *Guadalupe* (la noticia la da don Francisco Santiago Cruz en su obra «La nao de China», México, 1962). También ordenó la construcción en los astilleros de Bagatao de un galeón de igual porte que el de *Nuestra Señora del Rosario*, que fue bautizado con el nombre de *Santísima Trinidad y Nuestra Señora del Buen Fin*; fue éste «el mayor de todos cuantos se habían visto en las islas»; desgraciadamente en febrero de 1762 en el tornaviaje de Acapulco a Manila fue asaltado y tomado por una escuadra británica del mando de Draper.

Tuvo que enfrentarse durante su mando con los mahometanos, que por el año 1420 se habían apoderado de Mindanao. Ya antes de la llegada de Ovando, fray Juan de Arechederra, gobernador interino, había organizado una expedición de castigo con el fin de pacificar las islas de Bohol, ocupadas por los piratas tirones.

Continuó el marqués de Ovando con esta guerra a los piratas moros; en una carta de fecha 26 de mayo de 1751, elevada al Rey, le daba cuenta de «haber construido tres galeras para hostilizar á los moros»; el año 1753, también le manifestaba los medios para castigar a éstos, y que con objeto de acabar de una vez con esta situación de guerra constante era necesario apoderarse de las islas de Mindanao y Joló, para lo cual Ovando tomó las medidas necesarias a fin de organizar la defensa de las costas; en el citado año de 1752, armó en corso tres pequeñas embarcaciones con objeto de proteger «á los Padres provinciales en sus visitas y á los alcaldes mayores en la cobranza de tributos».

Mucho y bueno realizó Ovando en todos los órdenes, hasta que, minada su salud, pidió ser relevado: digamos que varias habían sido las veces que se lo había manifestado a su hermano, Alonso Pablo, en su frecuente correspondencia con él. También el año 1754, escribía a su amigo y paisano, don José de Carvajal y Lancáster, que: «Desfallecen cada día mis débiles fuerzas, aunque incesante en el despacho y sin reserva de un solo día feriado. Pero no me basta por sobra de negocios y falta de subalternos civiles, y así no pretendo más premios y honores que salir con vida de estos cargos para dejar á V. E. solvente y airoso por el empeño de su protección».

Su larga Hoja de Servicios políticos y militares «durante cuarenta años», de los cuales «más de veinte surcó mares —Mediterráneo y océanos Atlántico y Pacífico— recorriendo varios continentes: Europa, América y Asia», le daban motivo para solicitar su relevo, petición que fue aceptada por el monarca, y así, el 14 de noviembre de 1752, le era expedida la oportuna «licencia para entregar el mando de las islas á don Pedro Manuel de Arandía», regresando a la Península.

Ya en el año 1751, al tiempo de solicitar su relevo, «pedía que se le empleara en el Consejo de Indias», y en 1754, don José de Miranda, «como apoderado del marqués de Ovando», solicitaba se le diera el virreinato de la Nueva España, sucediendo a don Juan Francisco de Güemes y Horcasitas. Antes de abandonar Manila «fundó bajo la advocación de Nuestra Señora del Buen Fin una Obra Pía con 6.000 pesos, que entregó á los padres de la Compañía de Jesús». De lo que rentara «se destinarían 50 pesos anuales para la celebración de la fiesta de Nuestra Señora del Buen Fin», cuya imagen se hallaba en la iglesia de San Ignacio, de Manila, y el resto de dicha renta «se destinaría á hacer la guerra a los moros» (Miguel Ángel. Ortí Belmonte, «Los Ovando y Solís de Cáceres»).

El día 12 de julio del citado año, había llegado a Manila el nuevo gobernador, don Pedro Manuel de Arandía, relevándole siete días después.

Años más tarde, ya fallecido Ovando, fue inaugurada la cátedra de Matemáticas en el citado colegio, encargándosele al jesuita que iba a regentarla que pronunciara la oración fúnebre; fue ésta, en verdad, un verdadero panegírico en el que exaltaba las virtudes de Ovando, del que decía que: «Levantará estatua el agradecimiento, no sólo por mecenas, sino también por maestro sabio. Mejor diría, que ya su cristianísimo celo nos dejó por recuerdo la estatua de sus virtudes, depositada para los siglos venideros en el prodigioso simulacro

de María, con el glorioso nombre del Buen Fin, en donde mirará mi madre, la Compañía de Jesús, lo que ha debido á su señoría. Y mirarán estas islas el fin tan dichoso que ha tenido».

El año 1755, hacía rumbo a Acapulco en el galeón *Santísima Trinidad*, acompañado de su familia y su secretario don Francisco Antonio de Figueroa; mandaba el barco el marqués de Villamediana.

El día 16 de agosto cayó enfermo Ovando, continuando agravándose su enfermedad, por lo que el 6 del mismo mes le fue administrado el Viático, y el 9, hallándose a la altura del golfo de California, falleció, recibiendo sepultura en aguas del mar Pacífico, Mar del Sur, que un día 23 de septiembre de 1513 descubriera Vasco Núñez de Balboa, también extremeño (Jerez de los Caballeros, Badajoz).

Hay que decir que, después de su fallecimiento, el marqués de Villamediana, abierto el testamento, ordenaba el marqués de Ovando «se le enterrase con el hábito de San Francisco á cuya Orden Tercera pertenecía, que se abriera su cadáver y se le sacara el corazón, que embalsamado y con un poco de ceniza o tierra se colocaría dentro de un estuche de madera y un papel con las palabras *Jesús, María y José*. Todo ello iría dentro de una caja de oro con las armas de Ovando y se colocaría a los pies de la imagen de Nuestra Señora del Buen Fin del convento de Santa Clara de Cáceres», ante la cual «se dirían 50 misas por sus almas y 1.000 más en otros lugares». A esto se negó el marqués de Villamediana, por lo que, años más tarde, su hijo don José Francisco «colocó á los pies de la imagen un corazón de oro como símbolo e igualmente haría con el relicario de oro que su padre llevaba colgado». (Miguel Ángel Ortí Belmonte, obra citada). Fundó también una obra pía dedicada a su patrona, ordenando se comprase «una finca en Cáceres, que rentase anualmente 400 reales, de los cuales 300 se aplicarían todos los años á celebrar la fiesta del 15 de agosto», instituyendo, como patrono de dicha obra, «al poseedor de su mayorazgo», destinando los 100 reales restantes «al guardián del convento de San Francisco de Cáceres para que vigilase el cumplimiento de la disposición». Su hijo cumplió lo ordenado por su padre y en 1793 «colocó también una imagen de Nuestra Señora del Buen Fin en el oratorio de su casa». Nombraba como tutora de sus hijos a su esposa, a la que le manifestaba «que viniera á España y que si contraía nuevas nupcias, no siendo con algún caballero de la primera nobleza de Cáceres, pasaría la tutoría de sus hijos á su hermano Alonso Pablo, presunto heredero de su mayorazgo»; su mujer ya viuda, volvió a casarse en México, con don Juan Lorenzo Gutiérrez Altamirano y de Velasco, conde de Santiago de Calimaya, marqués de Salinas del Río Pisuerga y de Salvatierra. Sin embargo, dicha fundación «no llegó á realizarse por no conseguir sus herederos cobrar los sueldos que se les debían».

José FERNÁNDEZ GAYTÁN

